

el sacerdote ha conquistado lo celestial; por amor á su Dios perdió su alma, y en él la encontró de nuevo mejorada en el ciento por uno.

Morir para el mundo y vivir con Jesucristo, he aquí la vocación del sacerdote y su aspiración continua. Lo que el Apóstol aplicaba á todos los fieles cuando decía: «vosotros estáis muertos» para el mundo (1), conviene sobre todo y ante todo al sacerdote que cada día ofrece el sacrificio de la muerte del Señor. Para significar esta muerte, no necesita mortaja ni huir al desierto de la Tebaida; en la lozanía de su juventud y en medio del bullicio del mundo está verdaderamente muerto, pues su corazón y sus deseos pertenecen á Jesucristo, y en nada se busca él á sí mismo. Muerto está, sí, pero tan sólo en aquello que le inclina hacia la tierra, y que por ser terreno es pasajero; mas su vida está encondida en Dios. ¡Qué grande se nos representa aquí el sacerdote y qué próximo á su Señor! En lo recóndito de su corazón existe una paz inalterable: el juicio de los hombres, las alabanzas, los odios y el menosprecio no llegan á su alma que descansa tranquila en el Señor, haciéndose así superior á todo el mundo. «Vuestra vida está oculta en Dios», es decir, en el seno de la Verdad eterna, en el océano inmenso de la luz divina: desde allí contempla el sacerdote al mundo, y á la claridad de esta viva luz descubre todo lo que éste tiene de efímero y despreciable. No quiere verlo más, y por eso cierra sus ojos para que no vean la vanidad (2); sólo á Dios quiere ver y de Dios únicamente quiere ser visto. «Y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios.» En Cristo se encierran todos los tesoros de la sabiduría (3) de Dios, aunque esté escondido bajo las especies sacramentales como en otro tiempo bajo el humilde aspecto del Niño de Belén. ¿Qué cosa más pobre que un pobre y débil niño? Y ¿qué manjar hay de más frecuente uso que el pan? Por esto el sacerdote anhela ocultar su vida con Cristo; y aun-

(1) Col. 3, 3.—(2) Ps, 118, 27. (3) Col. 2, 3.

que pierda todo lo de acá, el honor, el nombre, la hacienda y las ventajas de una posición, nunca se abatirá y anonadará tanto como Cristo se abatió y anonadó. «Pero al aparecer Jesucristo, vuestra vida, entonces apareceréis vosotros también con Él en su gloria» (1). El sacerdote desea permanecer oculto con Jesucristo mientras Jesucristo permanezca escondido. No apetece honor ni alabanza ni ganancia alguna; que eso lo tiene por vanidad, y Jesús desprecia también todo eso. En el retiro y en la soledad está su tranquila morada, y allí encuentra protección contra sus enemigos. Pero cuando Jesucristo se presente, entonces se presentará él también; la gloria de Cristo esparcirá sobre él sus resplandores. Aquí vive como ignorado y desconocido, y, sin embargo, no es así, pues Dios bien le conoce; (2) despreciado de los hombres como escoria, es preciosa joya á los ojos del Señor; anégase en tristeza según el juicio del mundo, pero su corazón rebosa de alegría, puesto que posee á Dios y en Él la fuente inagotable de toda felicidad.

No temas, querido Timoteo, que tus flacos hombros no puedan soportar el peso del sacerdocio. Sin duda este es un cargo gravísimo y lleno de responsabilidad, como dicen unánimemente los Santos Padres y todos los maestros de espíritu; pero Dios conoce tu debilidad y su gracia te fortalecerá; conoce tu pobreza é impotencia, pero ve al mismo tiempo tu buena voluntad. Arrójate pues en sus brazos y prostérnate ante Él, que es el verdadero sumo Sacerdote, con humildad y confianza. Deja que se haga completa calma en tu corazón: no hables tú, sino solamente escucha atento sus palabras. Tú te encuentras solo, dice Él, pero yo te acompañaré; tú eres débil, pero yo te confortaré; tú eres pobre, mas yo te enriqueceré. Si tienes hambre, yo te abasteceré; si estás triste, yo seré tu consuelo; si tropiezas, yo te sostendré para que no caigas; y, en fin, yo

(1) Col. 3, 4.—(2) 2 Cor. 6, 8.

te sustentaré con el fruto del árbol de la vida que está en medio del paraíso (1).

ARTÍCULO X

CUÁN PELIGROSO SEA NO SEGUIR EL DIVINO LLAMAMIENTO, CUANDO SE HA CONOCIDO YA LA VO- LUNTAD DE DIOS

De lo dicho en el artículo anterior se colige claramente cuán arriesgado sea desoir la voz de Dios, cuando movido de su infinita Bondad se digna llamar á miserables y pobres criaturas al estado seguro de la vida religiosa ó á otra cualquiera, en donde les tiene preparadas gracias y mercedes inestimables. Siente mucho la divina Majestad esta voluntaria sordera é ingratitud, y hiere al Corazón sacratísimo de Jesús en sus fibras más delicadas quien, al oír el amoroso silbido del Buen Pastor vuelve groseramente las espaldas y se aleja de su presencia. Y nada más natural que este sentimiento de Dios. Porque si un rey terreno sentiría que se despreciasen sus invitaciones y agasajos, ¿por qué el Rey de la gloria no había de sentir el desprecio de sus criaturas?

Calla muchas veces el Señor, y esconde, por decirlo así, en la amargura de su pecho, el dolor que le causan las almas infieles y desamoradas; pero otras es terrible en su cólera, y descarga sobre los culpables el torrente de su indignación, mostrando para enseñanza de todos lo arriesgado y peligroso que es no hacer caso de la divina inspiración, aun cuando no venga rodeada de aquel aparato de preceptos rigurosos y explícitas intimaciones.

Los castigos con que el Señor suele castigar la infidelidad de los que no corresponden á su vocación, unos son interiores y espirituales, otros exteriores y temporales. Aquellos se reducen al retiro de ciertas gracias y favores

(1) Apoc. 2, 7.

muy especiales que Dios les tenía preparados, y suceden en su lugar oscuridad en la mente, dureza de corazón, tibieza en el obrar, á que se siguen á veces pecados horrendos, impenitencia final, condenación eterna. Los castigos exteriores y temporales suelen ser desgracias de familia, pérdidas de honra, de salud, de bienes de fortuna, de la misma vida.

No será fuera de propósito contar aquí algunos de estos castigos de vocaciones verdaderamente del cielo, que se evaporaron por culpa de aquellos á quienes más interesaba responder al divino llamamiento y por culpa también á veces de los mismos padres y parientes, que cegados con el amor que les tenían, hicieron con ellos oficios de demonios.

Un joven que pertenecía á una rica familia, terminaba en París su educación en un excelente colegio. El primero de su curso por su aplicación, era también el primero por su virtud: sus condiscípulos así como sus profesores le apreciaban y querían mucho. Era un acabado modelo de sólida piedad; comulgaba con frecuencia, rezaba con devoción; parecía un ángel por su modestia. Era el alma de cuanto bueno se hacía en el colegio, como lo era también de todas las inocentes diversiones, en las cuales se solazaban los colegiales.

Desde mucho tiempo tenía fija en su mente y corazón la idea de consagrarse á Dios, entrando en la Compañía de Jesús.

Su padre se hallaba en América. Le escribió pidiéndole que bendijera su proyecto y vocación. A vuelta de correo llegó el padre: presentóse de improviso en el colegio, llama á su hijo que contaba á la sazón dieciocho años y medio é iba á terminar brillantemente sus estudios, se lo lleva consigo, y le declara solemnemente que jamás le dará el consentimiento que le había pedido. Y es de notar que este padre no era irreligioso: nada de esto. Por otra parte, los jesuítas no dirigían aquel colegio; así que, por este lado, nada tenía que temer.